

Samarcanda

Francisco Gutiérrez



Capítulo 1

Samarcanda

Mientras el caballero Ruy González de Clavijo aguardaba la audiencia en que iba a presentar las cartas credenciales como embajador de nuestro rey ante la corte del gran Támerlan, aprovechamos los días para deambular por las calles de Samarcanda conociendo sus costumbres, sus lugares pintorescos y aun trabando conocimiento con los personajes más curiosos.

Entre los tipos que congregaba aquella ciudad me llamó la atención un persa que acompañado de varios criados y una recua de mulas a las que llevaba de un lado para otro, cargadas de telas, lana, marfil, ámbar y demás clase de baratijas, como si estuviera preparado para salir pero que parecía que nunca encontraba el momento. Acompañado por mi hermano en la fe Fray Alonso que dominaba el farsi, le preguntamos que hacía en aquellas tierras, donde se le veía un poco perdido y por qué no dejaba descansar a los animales que estaban siempre listos para salir. Después de superar sus naturales reticencias ante unos extranjeros y quizás por la simpatía que le despertaban otros que como él venían de tierras lejanas le invitamos a tomar unos buenos tragos de salvia e hidromiel sentados en un figón. Accedió a contarnos sus peripecias desde que hace varios años salió de su pueblecito rumbo a Samarcanda.

Después de vender todas sus posesiones había seguido la costa hasta la desembocadura del Indo y se había unido a una caravana de punjabíes, que remontaban el río. Allí le llegaron noticias de que el lugar que buscaba estaba al otro lado de las montañas por lo que organizó una expedición para cruzarlas. Fue asaltado por una partida de ladrones que le despojaron de casi todo. Malherido le acogieron unos aldeanos que le dieron alimento y cobijo.

Cuando se recuperó le ofrecieron quedarse con ellos para trabajar en el campo pero recordando que tenía que llegar a Samarcanda volvió a planificar el viaje de nuevo. En el pueblo le aconsejaron una ruta que según decían llevaba al mismo sitio, la ruta de la seda, la llamaban. Una sensación de desconfianza fue llenando su cabeza "que sabrían aquellos aldeanos de cuál era el camino correcto" por lo que decidió ponerse en marcha siguiendo su propio instinto. Se cruzó con varias caravanas, todos le marcaban una dirección, pero no le convencían, unos le parecían ladrones, otros ignorantes, otros bienintencionados pueblerinos pero con pocas luces, algunos fatuos y descreídos, otros fanáticos y crédulos de cualquier fantasía. Por fin divisó una gran ciudad desde la colina a la que todos señalaban como la meta buscada y entró en ella para descansar.

Ahora estaba buscando el momento propicio para reanudar la marcha.

Cuando acabó el relato un silencio nos envolvió por unos segundos. Sentíamos la perplejidad que nos había producido. Mi compañero Fray Alonso preguntó inmediatamente:

¿Pero adónde os dirigís?

El persa reaccionó como si estuviera sorprendido

Cómo que adónde, a Samarcanda por supuesto.

Pero si ya estáis en Samarcanda – dijo Fray Alonso.

Vi al persa, unos segundos, perplejo, mirar a un lado y a otro, con desconfianza e incredulidad. Después acercando su boca a nuestros oídos y como quien nos revela un secreto decirnos.

Os están engañando, esto no es Samarcanda.

Se puso en pie y una sonrisa cómplice le llenó la cara, al mismo tiempo que colocaba un dedo en la boca señalando silencio. Dio media vuelta y salió a la calle.

Nos quedamos quietos y pensando en lo que habíamos visto y mientras terminábamos nuestro cuenco de hidromiel aún pudimos escuchar el último grito del persa.

En marcha, a Samarcanda.

31/03/2020